

...y al lado del cadáver aparecía una flor de coloración
extraña...

La Violeta Amarilla

FRANCES CRANE



COLECCIÓN "EL BUHO" 12

Novela completa. No resumida. Ptas.

Cuando Patrick Abbot se dispone a casarse, un cliente inesperado se presenta en sus oficinas de investigación y solicita sus servicios en una forma que consigue intrigar a Pat. Pero le recomienda que utilice los servicios de otro «detective»; con lo cual salva su propia vida, pues no tarda en enterarse que su colega ha sido asesinado. Entonces se decide a intervenir, con boda o sin boda, viéndose mezclado en una sucesión de acontecimientos a cual más emocionante. ¿Claves para descifrar el misterio? Una sola: una violeta amarilla encontrada junto al cadáver... Y otras violetas amarillas aparecerán junto a otros cadáveres...

A Dorothy Gordon

CAPÍTULO PRIMERO

—¿QUÉ es lo que hallas imperfecto esta tarde? —me preguntó Patricio Abbott, mientras apoyados en el alféizar de la ventana de su despacho contemplábamos el precioso paisaje que se extendía ante nuestros ojos.

—Nada. Es algo maravilloso. Hasta creo, querido, que el clima de San Francisco está perdiendo su fama. Fíjate qué día más espléndido.

Patricio me rodeó el talle con su brazo.

—Estás nerviosa, nena.

—¿Pero no lo planeamos para mañana?

—Eso fue antes de que supiera que podía largarme esta noche. —Entonces me besó—. ¿Qué opinas?

—No.

—Pero ¿por qué?

—Verás, primeramente, estamos a viernes...

—¡Oh! ¿Conque supersticiosa? —dijo apartándose un poco de mí.

—No seas tonto.

Me besó un par de veces, apoyé mi mejilla en su solapa, que olía a tabaco y a lana, y empezó a argumentar.

—Todo está preparado, Jeanie. Tengo en mi bolsillo todos los documentos, el «Mercury» a punto, tres días enteros para nosotros... Marcharemos por la carretera de la costa hasta una pequeña iglesia cerca de Santa Cruz y, una vez casados, iremos hasta Del Monte...

Su vestido era de color gris perla con listas azules, la camisa gris y el dibujo azul de su corbata eran del mismo color que sus ojos grandes y perezosos... Eso cuando eran azules, porque a veces tenían tornasoles verdes. No cabía duda de que era una muchacha afortunada. A los veintiséis años, camino de los veintisiete, pescaba a un muchacho del Oeste, de buen porte, interesante y aseado como Patricio Abbott. «Oye, me gustaría casarme contigo», me dijo un par de semanas antes de Navidad en Illinois. «Ya me figuraba que ibas a pedírmelo», repliqué. «¿Coincidimos en la idea?». Entonces me besó y le contesté que sí. «¿Cuándo?». Y en aquel preciso momento le llamaron desde su oficina de San Francisco. Tenía que hacer una investigación por cuenta del Gobierno y fue nuestra primera separación. En todo el invierno no podía creer absolutamente en mi suerte. Volví a Santa María, Nuevo Méjico, en donde residía, para traspasar mi tienda, dejar temporalmente mi gato y mi amiga Julia Price y cerrar la casa. Pero, sin saber por qué, tenía el presentimiento de que algo malo iba a ocurrir. En el avión que me conducía a San Francisco llegué a persuadirme de que lo dejaríamos correr. A lo mejor su cabello no era tan oscuro y liso, quizá sería menos alto de lo que me había figurado, tal vez él no querría saber nada de una muchacha insignificante de pelo negro y ojos castaños... Pero ahora todo iría bien.

Patricio me apretó la mano izquierda.

—Me alegra que no seas supersticiosa. Lulú Murphy dice que las esmeraldas traen mala suerte.

—¡Pero son tan estupendas!

—¿Tú crees que traen mala suerte?

—No, si fueran mías.

Se acercó a la mesa y cogió un cigarrillo.

—¿Quieres?

Moví la cabeza negativamente. Aunque no suelo fumar me gusta que me ofrezcan cigarrillos. Patricio encendió el suyo.

—La verdad es que tendremos que aplazar nuestra boda indefinidamente.

Sentí como si me hubieran echado encima un cubo de agua helada.

—¿Por qué?

—No soy el hombre que te conviene, Jeanie. Como hogar te doy una habitación de hotel, nuestros ingresos serán más variables que una veleta; en el mejor caso, no nos podremos permitir ningún lujo. Y no podrás contar conmigo cuando me necesites si estoy pendiente de alguna misión. Comeré y dormiré a las horas más inverosímiles. Fíjate, ni ahora puedo disponer de tiempo suficiente para casarme como Dios manda, en tu pueblo, con tu familia presente en la ceremonia, tú vestida de blanco y todas esas cosas que tanto os gustan... flores de azahar, alguien cantando *Oh, prométeme...*

—Estamos en guerra y todos navegamos en el mismo barco.

—Pero no es agradable para ti, con todas esas horas irregulares, con mis ingresos inciertos, con todo ese desbarajuste... y las compañías con quien tendrás que mezclar... tramposos, vividores, asesinos, hasta con otros detectives como yo.

Disimulé mi turbación frotando mi nariz contra su hombro.

—Necesitaré sólo un par de horas para hacer mis maletas y arreglarme en la peluquería.

Patricio miró la hora.

—Una será suficiente.

—¡Dos!

En aquel momento llamaron con un golpe seco en la puerta. Me acerqué a la ventana y observé a Patricio con el rabillo del ojo. Estaba muy guapo. Comprobé el carmín de mis labios. Mi nuevo lápiz rojo oscuro era ideal, no se había corrido.

—Entra, Murphy —dijo Patricio.

Después de entrar, Lulú Murphy cerró con cuidado la puerta y se acercó a nosotros. La secretaria de Patricio debía andar por los treinta y ocho años. Era eficiente, oportuna. Una irlandesa de pies a cabeza. Sus ojos eran grises e ingenuos y su pelo negro y ondulado estaba surcado por abundantes hebras grises. Vestía una simple falda azul marino, una blusa de muselina, medias *beige* y zapatos de corte clásico.

Le entregó una tarjeta de visita.

—Excúseme. —Lulú tenía una voz aterciopelada y agradable—. Hay una señorita que no ha querido hacer caso de mí, señor Abbott. De di todas las excusas que pude imaginar, pero...

—¿Le dijo que iba a casarme?

Lulú denegó con la cabeza.

—Oh, no pude decírselo, señor Abbott. Ustedes son felices y ella está llorando.

Lulú miró desdeñosamente a Patricio.

—En mi vida he visto a una muchacha más apenada que ésta, señorita Holly. Después de trabajar cinco años en esta oficina me he vuelto insensible; pero estoy segura que si la viera, tan joven y bonita, se conmovería...

—¿Es guapa? —exclamó Patricio volviendo a leer la tarjeta.

Sentí como si me mordieran el estómago. Celos.

Lulú nos miraba expectante.

Las pupilas de Patricio parecieron contraerse y sus ojos brillaron con reflejos verdes. Presentí complicaciones. Me acerqué pausadamente y eché una ojeada a la tarjeta. No tenía nada de particular. Elegante, blanca y con el nombre impreso: Alicia María Terrill. En un ángulo de abajo, escrito en tinta, aun fresca, rezaba: «Calle del Topacio, 6».

Lulú intervino.

—Sólo con que pudiera hablarle un momento, señor Abbott, estoy segura de que se sosegaría y si usted no puede hacerse cargo de su caso, puede recomendarla...

–No insista –la interrumpió Patricio.

–¿Por qué no vas? –le dije para probarme, pero esperando que no fuera tan bonita como Lulú pensaba–. Por lo menos necesitaré un par de horas, y así...

–No quiero meterme en ningún lío. Ese es el porqué. Dele la dirección de Charley Dickens. Ahora no tiene nada entre manos... o al menos no lo tenía esta mañana.

La cara simpática de Lulú pareció resplandecer.

–Es una gran idea, señor Abbott. Charley anda en una situación algo apurada con Laura, que acaba de tener otro pequeño. ¿Le doy su tarjeta?

Patricio, indiferente, se guardó la tarjeta, logrando que casi desapareciera mi curiosidad.

–La guardaré yo –y se la metió en un bolsillo de la chaqueta.

Cuando iba a cruzar la puerta, su secretaria se volvió.

–¿Y si Dickens está ocupado? ¿A quién la mando entonces?

–Oh, piense en cualquier otro, Murphy. Échela de aquí antes de que nos liemos en algo de que tengamos que arrepentimos.

–Muy bien, pero ya sabe que ahora los detectives andan escasos, con la mayoría de ellos enrolados en el ejército y otros muchos trabajando para el F.B.I. Usted mismo estaría en el ejército si no fuera porque al Gobierno le interesa que siga su labor, pues hoy es más peligroso ser detective en la ciudad que estar en la primera línea de las trincheras...

Mi corazón empezó a galopar.

–Bueno, bueno, Murphy. ¡Déjelo ya! –replicó Patricio cerrando un ojo–. ¿Y por qué no la lleva usted misma a la oficina de Dickens? –Lulú volvió a alegrar su cara–. Y si por casualidad su corazón volviera a reblandecerse recuerde que los tres días venideros serán mis primeras vacaciones en seis meses –dijo dirigiéndome una tierna mirada–, y esos nadie nos los quita, querida.

Lulú se sonrojó ante aquel coloquio de enamorados y volvió a caminar hacia la salida.

Entonces llamaron tímidamente a la puerta, como si fuera un chiquillo quien lo hiciera; Lulú volvió a pararse y miró a Patricio, visiblemente incomodado.

La puerta se abrió lentamente y la oficina contigua quedó como fondo de una de las más hermosas mujeres que jamás se hayan visto. Era frágil. Vestía un traje de lani-lla azul, de tan elegante simplicidad que a mí me hubiera hecho parecer una lechera, pero que era ideal para su tipo delgado, sus ojos azulinos y su pelo rubio. El sombrero era un pequeño ramillete de lilas, del que colgaba un velillo del mismo color y de sus orejas pendían largas amatistas sin tallar. Su bolso y sus zapatos armonizaban con el conjunto.

Le sentaba de una manera ideal, y la misma simplicidad daba a entender el elevado coste de las prendas o que la propietaria tenía un gusto exquisito. O quizá ambas cosas.

Se quedó inmóvil en el umbral. Patricio, ya indignado, se acercó a su escritorio y aplastó el cigarrillo en el cenicero. Ella le miraba con los ojos brillantes y apenados.

—Sé que no debía entrar de esta forma —dijo con voz dulce y casi inaudible.

—No, no debía haberlo hecho —replicó Patricio.

Su tono de voz me dejó trastornada. Los labios de la muchacha temblaban.

—No puedo perder ni un minuto —le suplicó, con los ojos fijos en los suyos—. Es mi hermano. Hace siete años que se alistó como voluntario en el ejército italiano, en Roma, cuando lo de Abisinia...

Patricio la interrumpió con un rápido y brusco ademán.

—¿Hace siete años? Se ha tomado tiempo, ¿no cree?

Los ojos de la muchacha se llenaron de lágrimas.

—Oh, me figuro lo que piensa usted, señor Abbott —se acercó a su escritorio sin apartar su mirada de la de él—.

Sentí lo mismo cuando Johnny lo hizo, cuando se unió a los fascistas y firmó un documento entregándoles su vida y su herencia, en el caso de que muriera –su rostro se endureció–. Bien, pero no llegaron a eso –entonces tembló su voz–. ¡Ha sido tan extraordinario todo! A veces me parece estar segura de que ha muerto, otras tengo la esperanza de que aun viva. Pero hasta ayer no tuve ningún indicio de que viviera: recibí un telegrama en Nueva York, mandado desde aquí, diciendo que estaba en San Francisco y que viniera en seguida, porque se encontraba en grave peligro.

Ya había llegado al lado de la mesa. Apoyó su mano en ella. Nadie dijo nada. Ella contempló avergonzada su vestido.

–Iba a salir de mi piso para ir a tomar el té cuando llegó el cable.

Patricio tenía la cara crispada, y la mirada de la muchacha demostraba lo mucho que su actitud la hería.

–Vine con el avión, como es natural. Tomé un taxi para el aeropuerto, pude obtener una plaza en el aeroplano que iba a despegar y sólo noventa minutos después de recibir la noticia ya estaba camino de aquí. Pero tuvimos que aterrizar en Salt Lake City por el mal tiempo, así que no llegué hasta hará una hora. Vine a verle porque no existe la dirección que consta en el telegrama.

–¿Cuál es?

–921, calle de la Media Luna.

–No hay numeración superior al 700 en esa calle –dijo, en tono más amable.

Los ojos de ella parecieron revivir.

–Debe usted de conocer bien San Francisco.

–Desgraciadamente, la calle de la Media Luna es una de las que los detectives y policías hemos de conocer bien. ¿Cómo tuvo la idea de venir a verme?

–¡Por qué todos me han dicho que es el mejor detective particular!

Patricio volvió a entrecerrar los ojos, lo cual pasó inadvertido a la muchacha.

–Quiero decir de San Francisco. El año pasado viví aquí unos meses.

Se tambaleó y pareció que fuera a desmayarse. Patricio dio la vuelta a la mesa, la tomó del brazo y la acompañó hasta un sillón. Lulú salió para traer agua fría. Yo continuaba mientras tanto de pie al lado de la ventana.

–¡Si sólo me concediera diez minutos! –murmuró la señorita Terrill cuando se incorporaba en la butaca tapizada de color azul plomo. Parecía un fondo ex profeso para su atuendo azul y lila.

Cuando vi que Patricio dudaba, me decidí a intervenir.

–Voy a llegarme a mi hotel.

–Hasta luego –replicó.

«Demasiada presteza», pensé.

–¿Dijiste dos horas? –le recordé dulcemente.

–Sí. Ven a buscarme a las cuatro en punto, querida.

–Bueno –musité mientras iba hacia la puerta–, querido –añadí distraídamente.

Cuando cruzaba el umbral me volví. Alicia María Terrill tenía los ojos cerrados. Parecía como si vacilase, apoyada en el respaldo de la butaca. Patricio la miraba con las manos metidas en los bolsillos. Se volvió y nuestras miradas se cruzaron. Mi cara denotaba claramente enojo al dejarle a solas con tal beldad. Él me guiñó un ojo.

CAPÍTULO II

LA oficina de Patricio estaba en el noveno piso del rascacielos Durward, en la calle Kearny, no lejos del Mercado. Yo vivía a unos tres minutos de allí, en una habitación del sexto piso del Hotel Chelsea. Cuando salí del ascensor advertí la presencia de un hombre que aguardaba en el vestíbulo, aparentemente para entrar en aquél. Su cara era delgada, de color amarillento, cabello muy negro y ojos azul-verdosos que parecían turquesas. Iba vestido de marrón y llevaba un sombrero del mismo color ya en estado indecoroso. Nunca me había fijado en el mal gusto de cierta gente para usar sombreros hasta ahora en que iba a casarme, y aun así no creí que aquél tuviera ninguna influencia en mí. Con la rapidez que se me habían transcurrido los cuatro días anteriores, era de suponer que las dos únicas horas que me faltaban para casarme pasarían volando. Hice mi camino por la calle fraccionando mentalmente el tiempo en porciones: una para el peluquero, otra para las maletas, otra para el sinfín de cosas que me quedaban por hacer. No me sobraba ni un minuto.

El viento me empujaba y parecía llevar en sus alas un sentimiento de vitalidad que me entraba por los poros. El día era maravilloso, la luz intensa y podía percibir el olor del mar. El cielo parecía un trozo de lapislázuli que asomara entre las cumbres de los rascacielos. Todo era hermoso: la gente que caminaba deprisa, el ruido de los claxons y

de las bocinas mezclado con el tintineo de las campanas y timbres de las luces de tráfico y los gritos de los vendedores ambulantes. San Francisco era delicioso.

El Chelsea era un hotel elegante y céntrico, que, con excepción de la conserjería, ofrecía un servicio perfecto. El gerente era un tal señor Scott, de estatura regular, pelo entrecano y que siempre vestía de marrón claro. No dejaba pasar ocasión sin lamentarse de que con dos botones no tenía bastante. El vestíbulo era de forma rectangular y lo bastante amplio para que no fuera excesivamente íntimo. El pupitre del gerente estaba a la izquierda de la entrada y, más allá, los ascensores. Al otro lado, un arco daba al salón de espera. Un par de sillones forrados de tela color salmón, abundantes sillas y una alfombra oriental, completaban el mobiliario de aquella sala. Una vez casados, Patricio y yo iríamos a vivir a otro hotel unas pocas manzanas de casas más allá, en la cima de una de las colinas.

Me acerqué al pupitre de la conserjería para recoger la llave. Apreté el botón de un timbre que avisaba a los ocupantes de la oficina interior y, entretanto, eché una ojeada al vestíbulo. Estaba desierto. No... en uno de los sillones había un hombre sentado, de espaldas a mí, del que sólo podía distinguir un trozo de manga y la mano que descansaba sobre el brazo del asiento. Por su inmovilidad y blanquedad parecía de cera. Los dedos eran afilados y largos, con pequeñas manchas de pelos entre las articulaciones y las uñas, amarillentas como las teclas de un piano viejo.

Era una mano tan extraordinaria que decidí dar la vuelta y ver la cara de su poseedor, pero en aquel instante mi atención se sintió atraída por una figura impecablemente vestida y de tipo magnífico que cruzaba la calle, arrastrando a un pequeño y tozudo «dachshund». Paróse un momento ante los cristales, lanzó una ojeada al interior del salón, encendió un cigarrillo y se balanceó sobre sus taco-

nes. El perrito intentaba proseguir su paseo, pero el hombre le ordenó que se estuviese quieto.

El can le miró atemorizado y se sentó con cara de mal humor, la misma que todos los de su raza ponen cuando están sentados.

Volví al pupitre y apreté nuevamente el timbre. Podía oír cómo sonaba, pero nadie se acercó. Miré otra vez al salón. La mano descansaba en el sillón como si estuviera muerta. Me volví hacia el perro. Continuaba sentado y el hombre tenía la mirada fija en mí. Específicamente en mis piernas. De pronto, el chucho empezó a ladrar y a dar botes de contento y una elegante mujer de ojos oscuros y cara ovalada, caminando graciosamente sobre sus diminutos pies, entró en la estancia. Vestía un traje de chaqueta negro, abotonado hasta la garganta, un sombrero de anchas alas del mismo color y llevaba un ramillete de violetas amarillas prendidas en el pecho.

Se acercó sonriente al hombre, pero cuando iba a hablar sus ojos vieron al sujeto del sillón, poseedor de aquellas manos tan extraordinarias. Dio la sensación de sobresaltarse, movió rápidamente la cabeza para disimular y saludó alegremente al hombre del perro.

—Perdona que me haya retrasado, querido —y pasó la mano por la cabeza del impetuoso «dachshund»—. ¡Hola, «Pancho»!

—Tratas al perro con el mismo tono que me tratas a mí —comentó algo molesto él.

La mujer le cogió la mano y sonrió blandamente. No había duda. Estaba enamorada de él.

—¡Erik, querido!

Caminaron juntos, llevando ella la correa del perro.

Era muy vivaz. Cuando ya habían desaparecido de mi campo visual, aun podía oír su voz exultante de vitalidad.

«Pancho» se me antojó un nombre apropiado para un «dachshund». Por regla general, la gente vulgar les aplica nombres alemanes.

Descendió uno de los ascensores y salió el señor Scott de él.

–¿Quiere la llave, señorita Holly? –su voz parecía un balido de cordero. Entró en su sitio y me la dio por encima del pupitre–. Lamento que haya tenido que aguardar mucho –agregó.

–No –repliqué mintiendo para ahorrar tiempo.

Miró de manera petulante hacia el salón.

–Dejé a Soong aquí. ¿Lo vio por casualidad?

–Acabo de llegar ahora mismo–. No quería comprometer al atareado criado chino–. Por cierto, deseo tener la cuenta preparada para las cuatro, señor Scott.

–Así lo haremos, señorita –dijo con su sonrisa habitual. Me siguió con la mirada y sin dejar la sonrisa hasta que entré en el ascensor y se hubieron cerrado las puertas.

Mientras subía olvidé al señor Scott, al hombre de la mano de cera y a la mujer del perrito. Sólo sabía que iba a casarme.

Desde mi cuarto llamé a la peluquería y tomé hora para las dos y media, lo que me daba treinta minutos para hacer las maletas. No se trataba sólo de guardar mis cosas, sino de hacer la separación de las viejas y de las nuevas. Hubiese sido gracioso que tirara todas las prendas antiguas. Pero no lo hice. Guardé el traje marrón en una de las maletas que tenía que mandar al hotel de Patricio.

Ya lo tenía todo preparado. Terminé de recoger las cosas innecesarias, marché a la peluquería y, una vez arreglado mi cabello y mis uñas, regresé al hotel a las tres y media. Aun me quedaba media hora para bañarme y vestirme.

Habían llegado ya las flores de Patricio. Un ramillete de orquídeas, alhajas naturales que con sus aterciopelados tonos amarillos pondrían el detalle definitivo a mi traje de novia. Estaban encerradas en una caja de celofana, con una cinta de seda dorada que apresaba las dos aristas extremas y que terminaba en un lazo a uno de los lados. Sos-